

09 - MELOCOTÓN – REHENES

Salimos los dos del salón donde se suelen celebrar cenas importantes dejando atrás una carnicería, por lo poco que he entendido, supongo que tenemos que seguir a esos caballeros renegados, imagino que porque podrían conducirnos al noble Diamis, suegro del traidor. Pero no me gusta que Cuchillo vaya también, no hay más que verlo, está para el arrastre, de su hombro izquierdo todavía le sale un hilo de sangre constante, la flecha que tenía a la altura del corazón, gracias a los Dioses, se le ha caído sola mientras corría por el salón, no debía haber atravesado del todo el cuero, y parece que él ni se ha dado cuenta, como no se da cuenta de que todavía tiene una clavada en la pierna, así que lo paro agarrándolo del hombro sano, y antes de que diga nada se la arranco de golpe, él hace una mueca de dolor, pero leve, la flecha apenas tiene algo de sangre en la punta, ha penetrado en la piel, pero muy poca cosa.

—No te preocupes, estoy bien. —Me dice con una sonrisa cansada.

—No, no estás bien, mírate, estás que te caes, has perdido la máscara, tienes el hombro sangrando si parar, y es evidente que lo que quiera que te hayan hecho hasta que entramos te ha dejado tocado. —Le digo enfadada, me tiene muy preocupada, siempre ha sido así, se exige demasiado, y actúa no sin pensar, pero sí ignorando muchas veces peligros que ve claros.

Es tontería ponerme a intentar razonar ahora con él, no voy a convencerlo de nada, y no tenemos tiempo para esto, si tomamos de rehén al patriarca de los Diamis podríamos zanjar esta revuelta hoy mismo. Aunque sé que él piensa más en el posible ascenso que eso nos acarrearía.

—Para lo que tenemos que hacer estoy bien. No tenemos que capturarlo nosotros mismos, si damos con el lugar donde se esconde, y nos aseguramos de que se queda ahí hasta que lleguen el señor Yunque y los demás, habremos cumplido. —Me dice entre jadeos.

Inesperadamente lo ha pensado fríamente y piensa en una estrategia lógica, o me dice lo que quiero oír, espero que no sea lo segundo. El patio central al que hemos salido desde el salón antes era muy hermoso, frondoso y con gran variedad de vegetación, pero ahora es igual que cualquier campo de batalla tras la susodicha batalla, lleno de cadáveres de ambos bandos y todas las flores, y estatuas destrozadas. ¿Qué puede impulsar a un hombre a provocar todo este caos? ¿Es mera codicia como dice Cuchillo? Quiero creer que no, pero por otra parte quiero que sea así de simple, y que no haya algo que desconocemos que lo impulsa a hacer ésto.

—¿Por qué no hay aquí nadie del bando de Sanpura? Esta parte del castillo ya es suya —Me dice mientras retomamos la marcha.

—El ejército está intentando tomarlo por la zona de la muralla, así que deben estar todos intentando no perder lo que acaban de ganar.

—¿Cómo? ¿Están atacando desde fuera de la muralla? ¡Eso es un suicidio! ¡Si éstos han tomado esta parte es porque esperaron a estar varios dentro para traicionarnos, para cuando los guardias reaccionaron ya habían abierto el portón! ¡Desde afuera no harán nada! —Me dice irritado.

—No, por lo visto hay pasadizos secretos, los nobles los están tomando, y están entrando a saco por ahí, creo que ahora mismo están intentando abrir el portón para que entre el resto que está fuera. —Le explico.

—¿¡Pasadizos secretos!? ¿¡Y no nos dicen a nosotros que los hay!?! —Me pregunta enfadado.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—Según el señor Yunque los nobles querían anotarse un tanto recuperando ellos el ala oeste.

—Joder, la historia de siempre. Luego la cagarán y tendremos que arreglarlo nosotros, como en el salón, y encima luego ellos se atribuirán el mérito. —Me dice ya resignado.

Los caballeros que seguimos ya abandonan el jardín y entran en la zona comercial que conecta tras un gran portón que permanece abierto.

—Ahí sí puede haber alguien, y podrían tendernos una emboscada. —Me dice.

—Sí, ¿te cubro desde arriba? —Le pregunto ya sabiendo la respuesta.

Él no dice nada, solo me sonrío con algo de malicia en la mirada, le he propuesto lo que él quería, ser el centro del peligro y tenerme a salvo, pero como es lo más lógico teniendo en cuenta las habilidades de cada uno, lo acepto. Él corre hasta el primer edificio de espaldas a él, dobla las rodillas y junta las manos a la altura de su cadera, voy hacia él, salto y pongo mi pie derecho en sus manos, él me impulsa y llego a agarrarme de la cornisa y me subo al tejado. Desde ahí avanzo corriendo agachada hasta dar con los caballeros, que todavía no se han percatado de que los seguimos, aunque no paran de mirar atrás, mientras tanto Álagui me sigue a mí y no a ellos, para tener una distancia mayor entre ellos y él.

Tras pasar por la zona comercial, los dos caballeros van a entrar en el bar Doncella Tímida, que está frente a la plaza de la fuente. Me paro en seco y estiro mi brazo derecho, Cuchillo ve mi señal, se detiene y se pega a la fachada de una casa particular, detrás de unos barriles. Cuando el primer caballero pasa por la puerta sale disparado hacia atrás y cae de mala manera al suelo, el otro se quita el casco y le hace señal al que esté tras las puertas vaivén de que se pare, está asustado de verdad, sigue hablando un poco, y el que está en el suelo se quita el casco también y le habla, supongo que estarán diciendo una contraseña o algo así.

El guardia los deja pasar y éstos entran muy aliviados, esa es su base. No es que usar un bar como base sea muy original, la verdad, seguramente este bar sería uno de los primeros lugares que comprobáramos aunque no les hubiéramos seguido. Un sitio espacioso y lleno de alcohol, para celebrar o para ahogar las penas, o en un caso extremo, beber hasta perder el sentido cuando te sientas ya sentenciado. A decir verdad, no hay ninguna garantía de que el noble esté aquí, muy posiblemente éste sea solo lugar de reunión de los militares, pero con un poco de suerte, será uno de los típicos nobles prepotentes que tienen que hacerlo todo ellos porque los demás están por debajo de él y no tienen ni idea de nada, y puesto que estaba en el salón, es muy posible que éste sea uno de esos.

Le hago un gesto como si estuviera empujando el codo, y él parece entenderlo, me señala con dos dedos hacia el frente y se me queda mirando, le asiento con la cabeza y él avanza. Una vez en el tejado de al lado de la taberna, veo que ésta tiene una buhardilla, con su ventana, no muy grande, pero entro perfectamente, una de las ventajas de estos uniformes de cuero que nos dan a los sargentos de la Orden es que no son nada aparatosos, con una armadura como la que lleva el señor Yunque no podría entrar. Veo que Álagui está ya esperando que le dé la señal para entrar, pero le aviso con la mano de que no haga nada, y le señalo la ventana, pero desde ahí no debe verla, ya que está metida dentro del tejado, y no sabe qué quiero decirle, no hay mucho tiempo que perder, y mucho menos para darle explicaciones como si fuera un mimo, salto sin más hasta el tejado, haciendo el menor ruido posible, y sin mirar si Álagui lo ha entendido, de una patada rompo el pestillo de la ventana y me cuelo. Menos mal que llevo el pelo dentro de la capucha y la capa, si no seguro que me habría dejado unos buenos mechones en esta ventana.

La buhardilla es una habitación sencilla, con cama de matrimonio, un par de armarios, ropa sucia en el suelo, y un par de mesitas, supongo que aquí dormirán los dueños de la taberna. Saco un cuchillo que hace su vez de llave de pugilato protegiendo mis dedos y que puedo usar para dar puñetazos también, y con mucho cuidado y sigilo llego hasta la puerta y la abro. Se oye un gran murmullo desde abajo, nada más salir, a mano derecha está la escalera que lleva al bar, pero enfrente hay dos habitaciones, no quiero toparme con nadie a mis espaldas cuando baje, así que las compruebo antes de mirar abajo, la primera está vacía, pero en la segunda hay un hombre sentado en la cama puliendo su espada, cuando abro la puerta ni siquiera me mira, creo que me confunde con una camarera o algo así, porque me recrimina haber tardado tanto, que lo deje en la mesa y me largue, quizás una cerveza o algo así, para cuando se da cuenta de lo que soy, no tiene tiempo a reaccionar, con una mano le tapo la boca y con la otra le corto el cuello. Nunca es una experiencia agradable, pero con el tiempo he aprendido que con cuanta más frialdad actúe, menos problemas tendré. Es una lección que aprendí de mala manera, pero que es tristemente cierta, cuanto más mates tus emociones, mejor te irá. Pero mantener separadas personalidad sin la máscara, y la otra sin ella puesta cada vez me cuesta más, cada vez pienso con más frecuencia que si Álagui no estuviera conmigo, la personalidad de la máscara habría suplantado a la otra hace tiempo.

Salgo de la habitación y me echo al suelo, con disimulo miro entre la barandilla, hecha con barrotes de madera lo que hay abajo. Al lado de las puertas vaivén hay un tipo enorme apoyando su espalda en lo que desde dentro es la izquierda de la puerta, así debió pillar por sorpresa al caballero de antes, cuando entrara le debió embestir sin que éste se diera cuenta, seguramente con el cuchillo de carnicero que tiene en la mano derecha, está constantemente pendiente de la puerta y su alrededor, no sé si se ha percatado de que Álagui está por ahí, o el susto que le debió dar el caballero hace unos minutos le habrá disparado la adrenalina, pero ahora mismo está en alerta máxima. A ambos lados de la puerta hay una ventana, desde el reflejo de ésta creo distinguir a otras tres personas aparte del guardia de la puerta, por la silueta con forma de gran falda y los gemidos que se oyen desde abajo, debe ser una chica, quizás camarera de esta taberna, a la que otros dos le están metiendo mano.

—¡Estaos quietos de una puta vez! Se supone que estamos aquí de incognito, dejad ya de hacer chillar a la chica. —Le dice el guardia a los que están más adentro y no veo.

—¿Qué culpa tengo yo de que sea una guarrilla a la que le guste gritar? —Dice una voz ronca desde el fondo.

—Sí, tú sigue sobando, pero tendría que haberle subido el vino a Desangrador para ese corte en la pierna hace rato, como baje y vea que no ha subido por tu culpa yo me lavo las manos. —Dice otra voz que parece más joven.

—Si pudiera bajar ya estaría aquí, ¿no te parece? Pero bueno, tampoco quiero llevarme mal con ese enfermo. Y menos después de lo que le hizo a tu padre, ¿verdad, preciosa? —Dice y se oye otro gemido seguido de un llanto—Aunque las cosas como son, tu viejo le echó cojones, menudo tajo dio cuando le metió mano a tu madre, ¿eh? —Dice y se echa a reír. Aunque es el único que se ríe.

Después se oyen pasos acelerados, va a subir aquí, en cuanto me vea aquí, por mínima que sea la reacción que haga, el guardia la notará. Así que me meto en silencio en la habitación del tal Desangrador y aguardo hasta que llega. No tarda mucho, al cabo de unos segundos aparece como un animalito asustado con una bandeja y una botella de vino, entra sin mirar, esperando lo peor. Ella entra a paso lento, y no se da cuenta de que estoy detrás de la puerta, ni siquiera se da cuenta de que tiene un cadáver degollado a un metro de ella. Cuando parece que se da cuenta me echo sobre ella, con una mano cojo la

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

botella, y con la otra le tapo la boca. Ahora ve de lleno el cadáver ensangrentado, y creo que se orina encima.

—Tranquila, pertenezco a la Orden, he venido a ayudaros. —Le digo suavemente.

La suelto despacio, y ella me mira, más que alivio su mirada es de terror, no la culpo, mi aspecto no es precisamente de un caballero de reluciente armadura, llevo todo el cuerpo salvo las articulaciones cubierto de protecciones de cuero, por encima llevo la túnica blanca de la orden, y sobre esta rúnica la capa y capucha blancas, donde pasa a la máscara que no tiene color, es un espejo que refleja todo lo que hay delante, ahora mismo se está mirando a ella misma, es un método muy raro pero efectivo para confundir al rival. Aunque en este caso no me viene muy bien. La chica está petrificada por el miedo, así que intento ser todo lo amable posible, y le hablo con la misma naturalidad como haría con Álagui y Regit, no parece mejorar la situación, pero tampoco la empeora.

—¿Cuántos hombres hay ahí abajo? —Le pregunto como si hablara con una niña pequeña.

Ella traga saliva y respira hondo.

—A-abajo hay tres, el tipo que está en la puerta, y o-otros dos que están sentado en una m-mesa bebiendo. —Me responde tartamudeando.

—¿Y los dos caballeros con armadura que han entrado hace unos minutos?

—Ha-han ido a la bodega, con los demás caballeros y los otros m-mercenarios. —Me responde.

Más caballeros y más mercenarios, mala cosa.

—¿Y cuántos hay? ¿Los has contado?

—No-no lo sé, son muchos. No paran de venir desde hace un rato. Antes de ayer se fueron casi todos, pero desde hace un rato no paran de venir más y más, y ese gordo lleno de oro no para de soltar maldiciones, cuando vino antes creí que me iba a matar. —Me dice llorando.

¿Gordo lleno de oro? Puede que tengamos suerte, después de todo. Puesto que está aquí, y además encerrado en la bodega, podemos controlar si sale o no, y si tomamos buenas posiciones, podríamos asegurarnos de que nadie saliera por la puerta principal, si hay una trasera Álagui puede proteger una y yo la otra, con un poco de suerte, puedo sacar a esta chica por donde he entrado y enviarla para informar de la situación.

La saco despacio de la habitación y la llevo cogida de la mano hasta la ventana de la buhardilla, le digo que espere sin hacer ruido y salgo por el tejado, camino por el borde hasta localizar con la vista a Álagui, él se percata enseguida de que estoy aquí, le señalo con la mano que hay uno al lado de la puerta y dos más adentro, y luego que venga hasta este lado. Se tiene que alejar un poco para que el de la puerta no le vea cruzar la calle, pero llega enseguida, así que saco a la chica, le quito el delantal y se lo pongo en la boca para que no grite, y con cuidado la bajo todo lo que puedo y la suelto en los brazos de Álagui, y luego salto yo. Y muy bajito, le explico la situación a Álagui. Él frunce el ceño y mira a la chica.

—¿Hay algo en la bodega que debemos conocer? —Le dice a la chica mirándola mal.

—¿C-cómo dice? —Dice la chica con los ojos abiertos de par en par.

—No tiene sentido que alguien tan importante se meta en un sitio sin salida, y menos tan cerca de palacio. ¿Por qué está precisamente en vuestra taberna? —Le pregunta intimidándola.

La chica se pone a hacer pucheros, pero cede.

—Es por el túnel. —Dice mirando al suelo.

—¿Túnel? —Pregunto sorprendida.

—El abuelo de mi padre hizo un túnel que cruzaba la muralla por abajo.

—¿Cómo? ¿Por qué hizo tal cosa? —Pregunto perpleja.

—Si es la época de tu bisabuelo supongo que por el tráfico ilegal de después de la guerra del hambre, ¿no? —Dice Álagui.

La guerra del hambre tuvo lugar hace casi cien años, una guerra dura y cruel que duró más de diez años con casi todos los reinos vecinos implicados. Las guerras son terribles en más sentidos de lo que suele pensar la gente, de normal se cree que una vez firmada la paz todo vuelve a la normalidad, pero nada más lejos de la realidad. Tras esa guerra, Hícatriz se quedó en la ruina financiera, y como es costumbre, hubo que llenar las arcas a marchas forzadas como sea, y la forma más habitual son los impuestos, por esa época son famosos los exorbitados impuestos por todo, en especial recordados los de los productos de primera necesidad como por el comercio con el exterior y el mero hecho de entrar y salir de las murallas. Hubo muchos casos de túneles que conectaban con el exterior para colar comerciantes y sus mercancía sin tener que pagar en la puerta principal y para salir, claro está. Todos los casos descubiertos se cobraron la vida de los que lo habían hecho y de los que se tenía constancia que habían usado, pero está probado que se hicieron muchas barbaridades con eso. Se usaba de excusa entre comerciantes para acabar con unos y otros, y también se usaron para tráfico de esclavos y prostitución. Se tomaron medidas muy duras para frenarlo y erradicar todos los túneles creados, pero en un territorio tan grande es normal que se libre alguno.

—Sí. Mi padre nunca lo ha usado, y creo que el suyo tampoco, pero teníamos miedo de lo que nos podía ocurrir si decíamos que nuestro antepasado participó en eso. —Dice la chica mirándolo con la cara toda mojada por las lágrimas.

—¡Mierda! —Salta Álagui de golpe y casi gritando— Si tienen un túnel entonces no están encerrados y pueden huir por ahí. —Dice alterado.

—Y también pueden entrar. —Digo yo— Por aquí es por donde deben estar colándose, o al menos es uno de los puntos por donde atraviesan las murallas.

—Pero espera, no es posible, esta zona está muy lejos de las murallas, el túnel tendría que tener demasiados kilómetros, todos los túneles que se encontraron estaban en las zonas periféricas, las que daban a la muralla, y los túneles tenían muy pocos kilómetros a lo sumo, éste tendría que tener demasiados, no se pudo hacer algo así en esa época sin levantar sospechas. —Dice Álagui.

Yo me quedo mirando a la chica esperando una explicación, y ella se ve forzada a hablar.

—El túnel no va hacia las murallas, va hacia la Cicatriz. —Dice la chica.

Hícatriz viene de Hijos de la Cicatriz, porque está metida en la piedra, dentro de la mismísima Cicatriz que divide el mundo, esta zona en concreto tenía una grieta natural enorme donde los fundadores de Hícatriz fundaron lo que hoy es esta gran capital, con los años los seres humanos hemos agrandado la grieta, y todo el castillo está dentro de esta grieta, teniendo tanto a la derecha como a la izquierda roca hasta el mismo cielo, y las murallas no rodean la ciudad, van de una punta de la Cicatriz hasta otra en el otro extremo de la capital.

—¿Hasta la Cicatriz? ¿Cómo van sus hombres hasta ahí? No le veo sentido. —Pregunto confusa.

—Diamis en su juventud fue minero, se hizo rico al encontrar un enorme yacimiento de diamantes, ¿no? Estuvo excavando dentro de la Cicatriz, puede que diera con este túnel por casualidad. —Responde Álagui.

—Pero eso no explica cómo lleva a sus hombres desde fuera de la Cicatriz hasta ahí dentro.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—Puede que haya estado haciendo túneles durante años para esto, no lo sé, te recuerdo que es el que manda a todos los mineros de Hícatriz, o puede que simplemente ya hubiera un túnel natural ahí, por lo que he oído dentro de la Cicatriz hay infinidad de túneles, como en un hormiguero, puede que su abuelo hiciera un túnel hasta uno de esos, pero eso ya es mucho divagar. —Explica Álagui—Lo único que hemos sacado en claro de todo esto es que nuestros posibles rehenes sí que pueden huir y puede que ya lo estén haciendo, y que además nos pueden meter un ejército delante del castillo cuando quieran.

Tiene razón, la cosa se ha complicado más de lo que temíamos, y lo de esperar puede que no sea una opción.

—Ve al castillo y busca a los nuestros. —Le digo a la chica cogiéndola de los hombros—Allí debe haber un guardián de la Orden, lo reconocerás por su armadura blanca como la leche. Se llama Yunque, trátalo de señor, llega hasta él y explícale todo lo que ha pasado aquí, ¿podrás hacerlo?

La chica dice que sí moviendo la cabeza.

—A-ahí abajo siguen mi madre y mi hermana. ¿Podréis salvarlas? —Nos implora con la mirada.

—Haremos todo lo que podamos por ellas, ahora vete. —Le digo y ella sale corriendo por la calle.

Voy a hablar con Álagui cuando...

—¡Eh! Pero ¿¡qué coño!/? —Sale el tipo de la puerta que ha visto a la chica correr en mitad de la calle.

Antes de que diga nada más Álagui cruza la esquina y le lanza un cuchillo en la frente, en la que se queda clavado, él y yo entramos sin tomar precauciones ningunas y vemos a los otros dos en la mesa, borrachos, sin reaccionar ni nada, incrédulos ante lo que se les viene encima, Álagui mata al viejo de un corte en el cuello y yo al más joven de un flechazo en el corazón, literalmente.

No ha habido más ruido que el de las maldiciones del guardia al ver salir a la chica, y parece que nadie le ha dado importancia, porque nadie viene a ver qué pasa.

—Bueno, ¿y cuál es el plan? —Le pregunto a Álagui.

—Entrar, coger vivos a los rehenes, matar al resto y echar abajo el túnel.